

# Documentos\*

---

María Zambrano

## *Los caminos del pensamiento*

*Semana*, IX, nº 288, San Juan de Puerto Rico, 30 de octubre de 1963, p. 4.

*La Gaceta*, nº 7, México, 1960.

*Con dados de niebla*, nº 21-22, Huelva, 2002, pp. 16-18.

**P**ocos procesos tan fascinantes, tan complejos y delicados también, como el que sigue el pensamiento a partir de que cobra, no ya forma, sino cuerpo, ese cuerpo que es la obra concluida y sellada cuando ya ha dejado de pertenecer a su autor hasta que alcanza su cumplimiento entrando a formar parte de su constelación, de esas que salvan la historia humana, que la alumbran, atraen y conducen. Pues cabe pensar, porque se puede pensar de algún modo todo lo que se siente, que el pensamiento humano vaya a alojarse en algún espacio o medio donde sea legible todo él, y no sólo por el hombre; que sea él lo que quede, si algún día la Tierra desapareciera. Que este nacer de la historia inexorablemente de las entrañas humanas, como un sueño que se enciende y aún quema, en busca de algo que sea, que es palabra, pensamiento. Palabra, pensamiento, con que el hombre selle su paso por el universo.

Pero, sin necesidad de abandonarse a la esperanza de que tal cosa suceda —que la creación entre todas del hombre, su pensamiento, quede aún pasando— tenemos ante nuestra vista ese pasar del pensamiento, con su cuerpo

que a él nos referimos ahora, ya que también existe, el pensamiento incorpóreo, puro soplo de la palabra hablada. Esta trayectoria que recorre el libro desde que fue dejado por su autor hasta que asciende a la historia: ese lugar donde es visible y accesible. Y nada asciende a la historia aislado, nada es propiamente histórico si no entra a formar parte de una constelación. Nada, pero tratándose del pensamiento, podríamos decir que todo pensamiento, por completo y luminoso que sea, tiene un contexto, que ningún pensamiento se puede leer sino dentro del pensamiento total. No todas estas constelaciones son igualmente visibles, ni todas lo son igualmente en los diversos períodos de la historia. Hay un lugar, diríamos, intermedio, histórico ya en realidad, pero no al modo de las altas estrellas, en una forma menos objetiva, más apegada al sentir. Son las obras, el pensamiento —filosofía, meditaciones, poesía, literatura— que no ocupa un lugar perceptible a primera vista en el reino de lo vigente. Obras que corren un tanto subterráneamente, que en algún período afloran a la superficie visible, mas nunca para todos. Son obras que han estado escondidas mucho tiempo, a veces siglos, como lo están los tesoros. Y como tesoros vienen a ser descubiertos y ofrecidos un día. Su lectura es compartida, aunque se verifique en soledad y tienen así una cierta virtud comunicante. Tiene algo de remedio, ciertamente, de esos remedios no prescritos por la medicina vigente y que quienes lo han experimentado ofrecen a otros. Pues en esta clase de obras, la matemática

celestes se hace sentir, diríamos, a menudo. No están “ahí”, como los clásicos; no se sabe de ellas, no sería posible, pues, ir a buscarlas por quien encuentra en ellas remedio, pues que como se ha dicho, no brillan en las constelaciones. Alguien, una persona amiga o un feliz azar las deposita un día, el más justo como un don de las aguas, dejado casi anónimamente.

Son de una rara belleza estas obras, de una belleza que va también como de incógnito, buscando hacerse anónima, borrarse casi. Y cabe preguntarse: ¿cómo no han entrado a formar parte de ninguna constelación de primer orden? Sin duda ha de obedecer a algo, no ha de ser injusto o, por mejor decir, debe de ser mejor que sea así.

Y la pregunta nos hace recordar que algunas, no pocas, obras de primera magnitud, han pasado antes de ascender a tan claro lugar, por el mismo proceso. Que han estado largamente olvidadas, que han sido descubiertas como tesoros, que su lectura ha sido una especie de iniciación y ha llegado a veces a crear, si no sectas, a lo menos una cierta fraternidad. Tal ha sucedido con obras tan dispares como la *Ética* de Spinoza y la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos. Es diferente el caso de los textos –algunos venerables, humanamente sacros– que durante épocas enteras han permanecido en eclipses, en virtud de esos cortocircuitos de la historia, de esos hundimientos de todo un pasado que después se rescata. Lo es también esa lenta condensación de vida y claridad alrededor de libros como el *Quijote* y tantas otras formas de crecimiento, por las cuales una obra llega a ser clásica.

Este género de obras a que nos referimos si bien por algún tiempo alberga algunas de las llamadas “clásicas”, no está formado permanentemente por ellas. Suelen tener como rasgo común el tener de una u otra manera un destinatario, el ser una carta o

como una carta. Pero cartas hay de muchos géneros, las hay que aunque dirigidas a alguien lo olvidan y se extienden como un tratado. Las hay que son como el cantarillo que a los pinos resineros se le pone bajo la herida para que recojan gota a gota la savia, esas cartas en que el poeta Rilke se daba por no morir anegado en la sangre translúcida de su poesía; esas otras en que ciertos poetas y pensadores son como el sustituto del artículo de periódico. Pues dicho sea de paso es muy de notar que en las culturas nórdicas el filósofo, el profesor, el tratadista no den su pensamiento sino en libros o en revistas de su disciplina, no salga a la calle para todos, según contrariamente sucede con el pensador latino de origen mediterráneo.

Hay la carta –prosiguiendo esta brevísima indagación– memoria o crónica. Y destacándose de todas ellas, dos especies más netas y destacadas, la carta-guía y la carta-confesión. Guía y Confesión son dos géneros intermedios del pensamiento prefilosófico, o más exactamente: prefilosófico, la Confesión, posfilosófico, la Guía, cuestión ésta que no con mayor amplitud, sino con toda la necesaria, ha abordado el autor de estas líneas en otros lugares.

Pertenecen estos libros raros a que nos referimos al género de carta-guía. Los hay ilustres, como las *Cartas a Lucilo* de Séneca, y esas cartas a sí mismo que se escribía Marco Aurelio el Emperador –a quien no sé por qué los historiadores lo nombran “El solo”. Y no es necesario ciertamente que estén formados de cartas para que en verdad sean, pues lo esencial de una carta reside en ir dirigida a alguien para comunicarle algo que sólo él entiende plenamente, porque lo necesita como pan, como gota de agua en esa situación de su vida. Es el pensamiento en función de caridad.

María Zambrano

## Recuerdo de Ortega y Gasset

*Semana*, X, nº 308, San Juan de Puerto Rico, 9 de septiembre de 1964, p. 5.

Resumen del artículo “Don José” publicado en *Ínsula*, X, nº 119, Madrid, 1955 y recopilado en *Anthropos. Suplementos*, nº 2, Barcelona, 1987.

*Con dados de niebla*, nº 21-22, Huelva, 2002, pp. 64-66.

**D**on José en plena vida llevaba en su persona —hasta en su simple presencia física, si presencias físicas solas hay— el signo de la intangibilidad de la persona. Era lo primero que hacía sentir y por lo que se imponía inmediatamente; por lo que atraía también. Creaba un ámbito de distancia colmado de confianza que despertaba —y exigía— en los que en él entraban, el sentir de lo intangible de cada persona; en la amistad con él sucedía lo contrario de aquello que se ha dicho: “que hay personas que quitan la soledad sin dar compañía”. Don José acompañaba dejando intacto lo que de puro y fecundo hay en la soledad. Por eso el diálogo con él se desenvolvía con poco esfuerzo, a pesar de las diferencias.

De sus palabras y de sus gestos se desprendía una especie de “imperativo categórico”, de ser persona íntegramente, de disponerse a vivir en modo tal que el sólo hecho de vivir sea ya un acto moral.

Recuerdo que en los primeros tiempos en que comenzó a exponer en los cursos universitarios su tesis metafísica acerca de la “Razón

vital”, sentí y el sentir hizo comprender que la Razón Vital desde su comienzo, incluía ya una ética, lo era ya. Y al comprenderlo así vi también la coherencia perfecta entre su persona y su obra; y su filosofar como un verdadero acto creador, una acción pura de la persona; conocimiento que integra; acto moral.

Y así, no es nada extraño que años después, lejana de aquella vida y en el dintel de una nueva que comenzaba para mí, sintiera que aquel su pensamiento se me transformaba en sustancia ética, lo cual es una de las manifestaciones del verdadero pensamiento. Pues hay horas en que los pensamientos se abisman; en todos aquellos momentos que señalan la ruptura de algo, en que una persona, una forma de vida se ha ido para siempre; diversos modos de muerte que en la vida hay antes de que se llegue a la definitiva.

Son los momentos de prueba del pensamiento, pues como su contenido se hace invisible, sólo queda de él lo que de acción tuvo: de acción constructora y vivificante.

Y cuando de un pensamiento de un maestro, en horas así, se vierte ese precipitado moral hasta parecerse a una sustancia, entonces el ser discípulo queda incorporado a la persona, inseparable de ella. Y es un extraño alimento, en forma de implacable exigencia.

Se me aparecía entonces y vuelve a aparecerse ahora la figura de don José, más que en las aulas, al aire libre, en el campo que rodea a Madrid, allá donde no se ve más que horizontes. El Guadarrama parecía convenir con su figura, pues que tenía el granito, la consistencia y la antigüedad; el campeón de la

europización de España llevaba impreso un sello como de ser uno de los primeros habitantes de una España prehistórica y futura. De una España “in status nascens”. Y así, también sentíamos fluir su pensamiento como un manantial inagotable. El tiempo, oyéndolo, transcurría de otra manera, pues era como si se uniesen pasado y futuro; y nos hacía creer, mientras andábamos a su lado, que éramos del tiempo, no por poseerlo, sino por no espartarnos de él. Siempre tuve terror de la historia, hasta que lo oí. Y me parecía, oyéndolo, que el aceptar la historia fuese “entrar en razón”. Se sentía alboreando la “Aurora de la Razón Histórica”, como rezaba el título de aquel su libro que vi en capillas en el año 1933 (si la memoria no me engaña en la exactitud de la fecha). Veía don José la flecha en el aire y sorprendía al pájaro cuando se dispone a emprender el vuelo. Así debió de mirar Velásquez, pintor de la perspectiva, de la luz del campo madrileño y del horizonte: era de su estirpe. Y nada extraño me resultó el que años después, don José dedicara a Velásquez varios estudios; había de atraerlo esa mirada equivalente a la de su pensamiento. Desde el Manzanares se había mirado de ese modo la realidad, como quizás desde lugar alguno. Los dioses disponen, a veces, tales cosas.

Y si sus ojos percibían el movimiento era porque su mente pensaba en términos de movimiento. Y por ello sabía también escuchar. Como es sabido, las personas pueden caracterizarse según en ellas predomine el ver y el mirar, o el oír y escuchar. Don José sabía hacer las dos cosas con igual perfección. Su hablar era musical porque arrastraba con la palabra el silencio. Tenía una voz pura y antigua que parecía llegar de un silencio lejano.

Nosotros la escuchábamos sabiendo de quién era, pero cualquiera la hubiese escuchado, aun sin saber a quién pertenecía aquella voz.

Sabía crear el silencio de donde nace la palabra; le veo ahora así, cuando se disponía a escuchar; se retiraba un poco como hacen los que escuchan música de verdad; echaba hacia atrás la cabeza y se replegaba sobre sí. Pero lejos de crear con esta retirada un vacío, creaba un medio, un silencio fluido donde la palabra brotaba sin esfuerzo del interlocutor. Ningún balbuceo le parecía deleznable y cuando las palabras no alcanzaban la cumplida expresión recogía su tono, su ritmo. Se diría que escuchaba la palabra que anhelaba nacer, la que palpita ciega en el silencio.

Se le sentía adentrarse en un espacio íntimo, en un medio propio fluido y transparente como agua; una atmósfera en la que la inteligencia se mueve por ser a ella adecuada. “El lugar natural” de la persona, diríamos, donde la comunicación se establece sin fatiga alguna.

Y todo eso era así por algo; sí, debía de ser por lo que en él había muy de raíz. Caridad intelectual lo he llamado hace ya no sé cuánto tiempo. Caridad de la que surgió su vocación de pensador que lo hizo salir por los caminos tan de mañana. Mucho de esa luz de la mañana debía tener dentro, porque a muchas personas cuando se ensimisman, se las ve oscurecerse, volverse opacas, como si se retiraran a un lugar medio cerrado. Don José, cuando se internaba en sí mismo, irradiaba mayor claridad, como si se entrase en un lugar luminoso.

María Zambrano

## Las preguntas y el preguntar

*Semana*, XI, nº 319, San Juan de Puerto Rico, 3 de febrero de 1965, p. 4.

*Con dados de niebla*, nº 21-22, Huelva, 2002, pp. 89-91.

Este artículo forma parte de *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, pp. 109-111.

**S**on muchas y variadas las preguntas, pues el preguntar es mucho y se va haciendo cada vez más amplio y más complejo a medida que el hombre va haciendo uso de la razón.

Mas estas varias clases de preguntas se dan dentro de las dos grandes especies de la pregunta. Cada una de estas especies tiene sus antecedentes también, su prehistoria. Y así la pregunta maravillada, la pregunta acerca de lo maravilloso, hecha con ánimo maravillado, ha precedido a la pregunta acerca del ser o de la realidad de las cosas, que señala la especie más pura de la pregunta intelectual, de la pregunta que va en busca de conocimiento.

¿Qué son las cosas?, es lo que se pregunta el sabio griego, uno de los siete, Tales de Mileto, iniciando plenamente con ello algo que no es ya sabiduría, ni simple saber de experiencia, sino filosofía. Y la diferencia estriba ante todo, en que las preguntas de la sabiduría o del saber de experiencia tienen respuesta ya, no van en busca de lo que no se sabe, no constituyen ellas mismas el saber o la ciencia “que se busca”, según la expresión de Aristóteles refiriéndose a la Filosofía. En la sabiduría tradicional que precede y con mucho a la filosofía, la pregunta no abre el

camino a la respuesta, es más bien al contrario: es la existencia de la respuesta la que suscita la pregunta o la inspira. Y por ello abundan tanto en la sabiduría, en las sabidurías de todo tiempo y lugar, los enigmas. Pues enigma es una respuesta disfrazada de pregunta, de lo que en tantos juegos infantiles de preguntas y respuestas ha quedado el rastro. La respuesta está jugando al escondite dentro de la pregunta. Y en este caso sobre todo, además de en otros, la pregunta no la dirige el ignorante al sabio, el que apetece saber al que sabe ya, sino a la inversa: el que ya sabe al que todavía no.

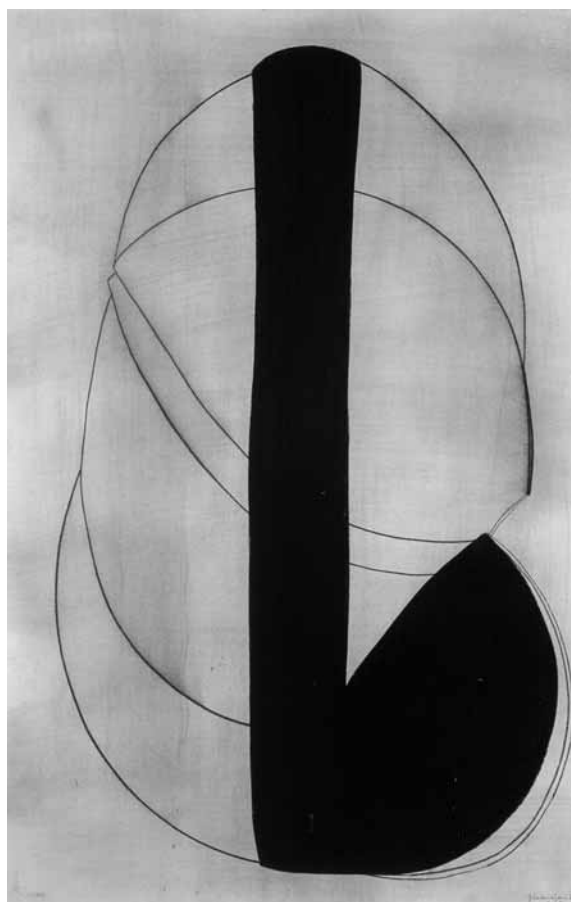
Y a veces es la vida, ella, la que presenta el enigma a descifrar suavemente y como si no lo hiciera, el enigma en que se contiene la cifra y la palabra del destino. Y a ello en verdad, son introducción los enigmas que el sabio plantea al ignorante, el viejo al niño le enseña a tratar con el enigma, a familiarizarse con su presencia, a reconocer su aparición. Y quizás también entre los enigmas que el anciano propone al niño se ha deslizado alguno inadvertido que es ya el que el destino le tiene preparado. Y así cuando él se encuentre un día tal vez algún eco se despierte en su propio corazón que le oriente o que le sostenga. Ante los enigmas que el destino nos presenta el corazón tiene que permanecer dueño de sí, y para ello necesita ser sostenido.

Sucede cuando nos preguntan, seamos estudiantes o maestros, que lo primero que se experimenta es un sobresalto, una especie de sentirse sorprendido “in fraganti”, como si hubiésemos descuidado algo, o dejado en olvido, por lo menos. Y aun puede ocurrir que tratándose de una pregunta para la cual disponemos de adecuada respuesta, al sobresalto

suceda un vacío en la mente. Nada hay más contrario para salir de esta situación que el esforzarse para salir de ella. Por el contrario, hay que sostenerse en ese vacío de la mente con un corazón firme. Y entonces, sólo entonces, es cuando aflora la respuesta: una respuesta todavía más precisa de la que creíamos tener. Entre la pregunta y la respuesta debe existir, de mediar, un vacío, una detención de la mente, una cierta suspensión del tiempo. Por varias razones que procuraremos ir manifestando, mas ante todo por ésta que ahora señalamos: que el corazón debe asistir en todos los sentidos de la palabra al acto de responder de algo. Porque responder es ante todo responder ante algo, presentarse ante algo. Y sin la asistencia del corazón la persona nunca está del todo presente.

Y así cuando en la tradición no desaparecida de la sabiduría o saber de experiencia, el que sabe presenta la cuestión, el enigma que puede hasta tomar la forma de un modesto acertijo al que no sabe; el hombre maduro o el anciano al niño, le está enseñando, “entrenando”, a sostenerse con el corazón, a solas, con su corazón, sobre el momentáneo vacío de la mente, ante las situaciones enigmáticas que la vida se cuidará de irle presentando.

Siempre quedará algo de esto, de esta situación en la otra pregunta, cabeza visible de una especie de preguntas, la puramente intelectual del pensamiento filosófico. Pues que se trata siempre de una pregunta. Mas la radical diferencia entre las dos preguntas estriba en



DOMINICA SÁNCHEZ: *serie La forma de les hores*,  
*Lápiz y pastel sobre papel Arches, 2006*

que la pregunta filosófica es la que entre todas el hombre se ha hecho a sí mismo, a solas consigo mismo; en un vacío sin sobresalto, pero aun mayor. De todo ello se seguirá hablando.

María Zambrano

## La atención

Redactado para *Semana*, noviembre de 1964.

*Filosofía y educación*, edición de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey, Málaga, Ágora, 2007, pp. 59-60.

**L**a atención no es sino la receptividad llevada al extremo, es decir dirigida hacia un determinado campo de la percepción o del pensamiento, es decir dirigida hacia el mundo exterior o reflexivamente hacia el mundo propio.

Se distinguen en la atención dos planos: el de la atención espontánea y el de la voluntaria. La atención espontánea va desde el grado mínimo en que una persona se puede decir que está despierta: es un estado de pasividad en que la atención, especie de rayo de luz, va atraída de un lado a otro según el estímulo que la llama. Pero claro está que la atención no existe por sí misma, es el atributo de la conciencia y del alma de alguien. Y así según sea este alguien, así su atención espontánea será atraída por una clase de estímulos. Uno de los indicios más seguros para conocer a una persona está proporcionado por la dirección que sigue su atención cuando está abandonado a sí mismo. En general se puede decir que lo que brilla atrae la atención más que lo opaco; que lo que se mueve más que lo que permanece quieto, que lo extraño y singular más que lo consuetudinario.

La atención es un campo de claridad, de iluminación. Es una tensión, un esfuerzo y como es natural, una fuente, quizás la más considerable de la fatiga. Este campo de claridad se produce por el interés que la persona

siente por uno o por otro aspecto del inagotable, inmenso, ilimitado campo de la realidad, llamando realidad a toda presencia, aunque sea una imagen o un pensamiento. La atención es como la luz que se desprende [de] una íntima combustión. La vida es ante todo y desde su origen hasta el final una combustión incesante, tanto física como psíquica, como del mismo pensamiento. Y a lo menos en el ser humano esta combustión se transforma en claridad, en luminosidad.

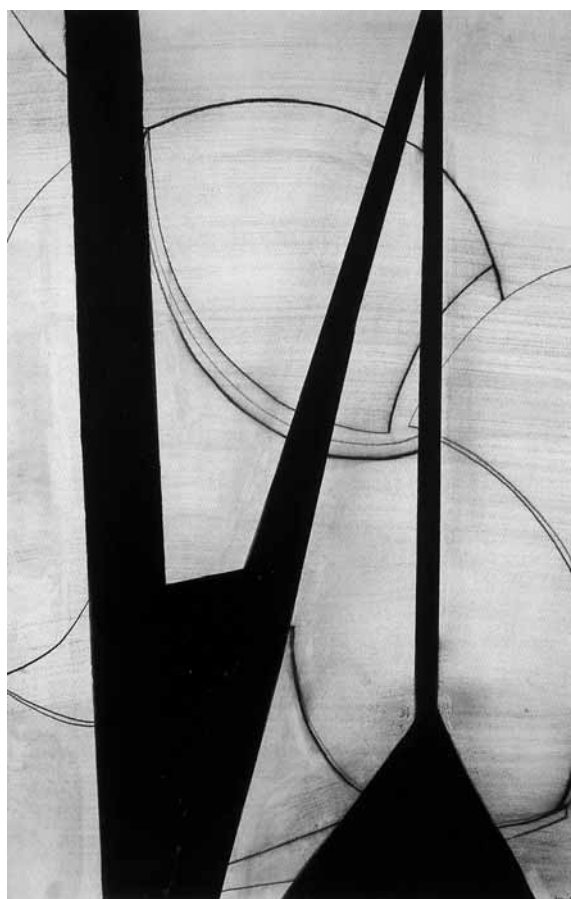
La atención voluntaria suele definirse por una concentración deliberada de todos los poderes de aprehensión de que el hombre dispone, de acuerdo con la realidad a que se atiende. Ya que en algunos casos los sentidos poco o nada tienen que hacer. Pero esta operación no es tan simple, pues varios enemigos acechan para que se verifique adecuadamente. Pues paradójicamente se trata ante todo de quitar y no de poner.

Se dirige la atención hacia un campo de la realidad para captarla, para obtener de ella el máximo de su manifestación. Entonces la primera acción será una especie de inhibición, paradójicamente, una retirada del propio sujeto para permitir que la realidad, ella, se manifieste. Y en ese punto la atención ha de hacer una especie de limpieza de la mente y del ánimo. Ha de vérselas con la imaginación. Con la imaginación y con el saber. Ha de llevar la atención al sujeto al límite de la ignorancia, por no decir de la inocencia.

No basta pues con concentrarse, como se suele creer para que la atención con su invisible claridad se produzca. La atención ha de ser como un cristal cuando está perfectamente

limpio que deja de ser visible para dejar pasar diáfanoamente lo que está del otro lado. Si cuando atendemos a algo intensamente lo hacemos proyectando sobre ello nuestros saberes, nuestros juicios, nuestras imágenes, se formará una especie de capa espesa que no permitirá a esta realidad el manifestarse. Y con éste se encuentra en conexión el hecho de que algunos importantísimos descubrimientos hayan saltado en la mente del descubridor cuando estaba distraído, porque entonces estaba libre su mente. Bien es cierto que estos casos les han sucedido a quienes venían desde muy largo y desde muy hondo buscando, investigando, atendiendo aun en sueños a lo que al fin un día en un instante se les apareció, como por sí mismo, al modo de un premio.

El ejercicio de la atención es la base de toda actividad, es en cierto modo la vida misma que se manifiesta. No atender es no vivir. Mas se trata de un ejercicio complejo, de toda una educación, de la educación de todo el organismo y del ser humano y no solamente de la mente ni de los sentidos. De ello a decir verdad en las culturas del Oriente se sigue sabiendo más que en las de Occidente. De ahí que la realización de ciertas proezas humanas, del ser humano solo, sin auxilio de la técnica maquinista, sea cosa consuea para los orientales mientras que para nosotros, los occidentales, se trata de incomprensibles prodigios, y en el fondo se trata nada más que de la atención, de una atención educada que exige a su vez el conocimiento y uso de



DOMINICA SÁNCHEZ: *La forma de les hores*,  
*Llapis i pastel sobre paper Fabriano, 2006*

las subyacentes energías y poderes del ser humano que en tanto se asemeja a un desconocido continente.

María Zambrano



## Esencia y forma de la atención

Redactado para *Semana*, diciembre de 1964.

*Educación*, San Juan de Puerto Rico, 30 de septiembre de 1970, pp.109-111.

*Filosofía y Educación*, edición de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey, Málaga, Ágora, 2007, pp. 61-63.

**L**a atención es en cierto modo la misma conciencia cuando se despierta. Por difusa que sea siempre tiene un centro, un imán que la fija. Y cuando la atención está, por así decir, suelta, cuando vaga libre en modo espontáneo y casi imperceptible para el sujeto, va en busca de algo. La atención es ávida, hambrienta, como el ser humano, se diría. Cuando la atención se despierta, lo mismo que cuando el hombre se despierta, va hacia algo; no se despierta simplemente, se despierta a, hacia, al encuentro de la realidad y dentro de ella hacia algún punto o aspecto de ella. Y lo cierto es que la atención sólo se fija, sólo descansa de su ávida búsqueda, cuando encuentra algo así como un argumento. Esto es algo que los educadores no deben nunca olvidar.

Porque la atención es la apertura del ser humano a lo que le rodea y no menos a lo que encuentra dentro de sí, hacia sí mismo. Es una disposición y una llamada a la realidad. La atención es como la herida siempre abierta. Y de la herida tiene la pasividad, el ser llaga, impronta de lo real, el estar como una cavidad viviente conformada para recibir la realidad y aun para dejarla pasar hacia más allá de ella: hacia la plenitud de la conciencia, que es juicio y razón o hacia las profundidades de la

memoria, comprendidas esas últimas, abisales cuencas del olvido. Del olvido que, hoy ya sabemos firmemente, que no existe, sabemos ya que el olvido es una última, insondable memoria que sólo obedeciendo a leyes no dependientes de nuestra voluntad nos restituye un día, un instante aquello que parecía haberse llevado para siempre. El lugar del olvido es el lugar de donde en un instante puede surgir con más intensidad aún que cuando fueron vividos todos esos momentos “olvidados”. Nada se pierde en la psique humana.

Y como la herida es activa también la atención porque está viva y nada vivo es pasividad pura. Y así como ella es atraída y llamada, ella atrae y llama. Destaca siempre algo, algo que puede ser insignificante en otro momento o en otro sujeto; algo que, naturalmente, puede ser varias cosas. Mas cuanto más abarque la atención, cuanto más dispersa esté, cuanto más errabundo sea su curso, más se puede afirmar que esté persiguiendo algo más allá o bajo todo ello; algo que sea así como el centro o nudo del argumento. Y tanto más amplio sea el recorrido de esta atención al parecer errante y vaga, más amplio será el argumento en cuestión. Pero este “argumento” puede tardar mucho tiempo en ser revelado, y aun bien puede permanecer semioculto durante toda la vida del sujeto a quien pertenece una tal forma de atención.

Esta consideración, meramente analítica, confiere valor o mejor dicho, se lo restituye a ciertos estados de distracción y lo que es más importante a ciertas personas distraídas, cuya atención no parece hacer presa en nada y andar vagando como una mariposa. Y es que en lo que se refiere a la humana psique y a la persona humana, los diagnósticos se muestran cada vez más delicados

y difíciles. Una persona distraída, puede ser en realidad, una persona profundamente atenta, una persona embebida en una atención en busca de su argumento. Mas no se busca tan sostenidamente lo que en cierto modo no se tiene ya.

Y es que la atención como tal vez todo lo que podamos distinguir en la psique y en la persona humana se da en círculos concéntricos. Y se diría que a mayor unidad de la persona –ya que el oficio de la llamada persona es el de unificar, como esperamos ver en otro momento-, cuanto más lograda sea la unidad de la persona la atención se da en mayor número de círculos. La atención es múltiple, tiene muchas formas que lejos de excluirse, se van complementando y tienen cada una su lugar en el proceso de integración de la persona.

La atención se da en círculos, según el grado de su intensidad, se [...]

La atención se da en círculos pues, en círculos que describen una diferente amplitud. Si la atención pudiera materializarse, se la podría ir viendo cómo explora en unos casos un amplio horizonte, cómo en otros se acerca hasta el confín mismo del horizonte, allá donde parece ya no haberlo y perderse allí. Cómo en otros casos rodea a un trozo, a un punto de la realidad como si se tratara de poner sitio a una plaza fuerte. Y así es, en verdad.

Ya que la esencia de la atención es captar, absorber, tomar posesión como adelantando de ese inmenso, ilimitado continente que es la realidad. Y como la realidad es una, no podemos dejar de creerlo, y múltiple, así la atención al acosarla ha de hacerse múltiple. De múltiples formas la atención se hace irreconoscible y puede hasta pasar por la desatención más total.

Mas la atención al cercar la realidad, va a cobrarla para esa extraña criatura que es el ser humano. Va mandada por él y nace de él. Y así habrá tantas formas esenciales de atención cuantos sean los planos que formen la psique y la persona. Estudiar la atención en sus diversas formas lleva a estudiar al mismo tiempo la estructura del ser humano y la estructura como ante él se aparece la realidad, lo que esperamos hacer siquiera sea esquemáticamente en artículos sucesivos.

Y el supuesto unitario de todas estas diversas formas de la atención, es el mismo, naturalmente, que el supuesto íntimo, sustancial de todos los planos que compongan la estructura del ser humano: la necesidad de argumento, que envuelve la finalidad. Esa finalidad irrenunciable que demanda una y otra vez y siempre la invencible esperanza.

María Zambrano

## *Disolución y condensación. El sentimiento*

Redactado para *Semana*, junio de 1965.

*Filosofía y Educación*, edición de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey, Málaga, Ágora, 2007. pp. 79-81.

**C**omo la vida del ser humano se mueve entre contrarios, es ella un continuo moverse que puede ser agitarse, exaltarse, y aún más extremadamente, encrespase y en su opuesto un quedarse quieto que no siempre tiene que ver con la quietud del ánimo. Y así resultan válidas y no únicamente válidas sino insustituibles las metáforas de la vida de la naturaleza para hacernos idea de algo de lo que resulta un tanto extraño que tengamos que hacernos idea; de aquello que transcurre en nuestra alma.

Y aquello que más pasa en nuestra alma, lo que más nos está pasando en todos los sentidos, son los sentimientos. Nos pasan en el sentido de que nos afectan, de que nos traspasan a veces, y de que pasan y se van. Tienen carácter huidizo, movable, fluido. Y todo lo que es fluido es expansivo e invasor; tiende a ocupar espacio, y si su naturaleza es sutil, a penetrar el espacio ocupado por otros cuerpos, materias o sucesos.

Y son así los sentimientos; se extienden por el tiempo de la conciencia y afectan a todo lo que en ella sucede; nada escapa de los sentimientos, grupos enteros de pensamientos, series de percepciones y hasta el recuerdo queda afectado y en ocasiones, sometido a los sen-

timientos varios entremezclados o uno solo que los lleva como a otro lugar y aun cambian su estructura.

En principio el sentimiento por ser expansivo es disolvente. Una concatenación de pensamientos, de juicios puede quedar afectada en su estructura por un sentimiento, por un sentimiento que no cambia ningún contenido de esos pensamientos o de esos juicios, pero que los suelta unos de otros y basta con que un juicio se desprenda del que le antecede o del que lo sigue para que la cadena entera se suelte y se reduzca un fragmento, para que el juicio final quede inoperante, o por el contrario, para que opere sin más tardar —según que la conexión entre los juicios fuese enderezada a la acción o a la calma.

El carácter fluido de los sentimientos tiene, claro está, sus grados que pueden llegar hasta el estado gaseoso, inasible, invisible para la conciencia que los alberga, hasta el grado en que lo fluido se condensa. En el primer caso la persona afectada por estos sentimientos inasibles padece un estado de una cierta enajenación pues que se verá distraída y condicionada en todas sus percepciones y juicios por este medio, y hasta puede decirse que perderá peso como un cuerpo sumergido en un medio diferente del habitual. El efecto más inmediato y menos perceptible es el de un cierto cambio de dirección, como nos sucedería físicamente si sin dejar de movernos sobre la tierra estuviésemos envueltos por un fluido que nos disminuyera o aligerara los movimientos, como ha de suceder al cuerpo vivo habitante de una atmósfera determinada que se ve obligado a habitar y

a moverse en otra más densa; su equilibrio y su dirección, su orientación vital, quedan afectados, alterados. Quizás el secreto de ciertos desequilibrios que se suelen adjudicar al sistema nervioso de quien los sufre, resida en un estado sentimental excesivamente fluídico y continuo, inasible doblemente, por tanto.

En el otro extremo se encuentran los estados sentimentales en que un sentimiento o un complejo de sentimientos se fija y llega a enquistarse alterando gravemente el equilibrio de la psique ya desde lo más elemental de su vivir, desde la fluencia.

Estos sentimientos enquistados pueden ser positivos o negativos. Entendemos por negativos aquellos en los que la dominante es el odio, el rencor, el resentimiento. Y conviene observar de pasada que la ausencia de estos sentimientos negativos no quiere decir por fuerza que se olviden las cosas a las que se ha de decir no, por motivos justificados: que el estar libre de odio, rencor, resentimiento implique la aceptación de lo que debe ser rechazado, lo que sería ir contra la fidelidad. Pues que sucede que la mejor forma de decir no a lo que debe ser rechazado es hacerlo con el alma libre de sentimientos negativos, paralizadores del ánimo y de la inteligencia.

Y entre estos dos polos de la excesiva expansión y de la condensación negativa, el alma humana se debate, errante en un caso, oprimida en otros. Se hace necesaria pues la acción de la persona, de ese último guardián y

guía de la conducta humana. Mas la conducta, contrariamente a un error muy expandido, no se rige desde afuera, sino desde adentro, y cuando se trata de sentimientos, desde lo más íntimo de este dentro de la persona. De allí ha de partir suavemente la acción que condense los estados sentimentales evanescentes, al menos para hacerlos visibles y manifiestos, pues que no hay peligro mayor que el que emana de aquello que no se manifiesta, que no da la cara. Y una acción todavía más difícil y sutil, más paciente, que consiga disolver esas fijaciones, esas piedras de resentimiento, que desate los nudos del odio. El agua de la misericordia y la luz del entendimiento si no en un instante, lenta, pacientemente logran disolver y desatar esos nudos, estas piedras de esclavitud que llevamos dentro a poco que nos descuidemos.

Siguiendo el lema general de la Alquimia, según enunciamos en artículos precedentes, “disuelve y coagula”, a la disolución del odio y del rencor, ha de seguir una condensación. Si la luz del entendimiento y el agua de la gracia han operado la disolución, la condensación que siga será de algo que dejen, de algo que se fije en el corazón de modo permanente de esa gracia, de esa luz. Un prodigio entonces, el mayor que en una vida pueda suceder: que algo alado como la gracia se pose, que algo como la luz se fije. Un prodigio, sí, que puede llegar a fuerza de perseverancia, de silencioso trabajo.

María Zambrano